

DOMINGO DE PASCUA - MISA DEL DÍA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
12 de abril de 2009

! Χριστός ἠνέστη! ¡Surrexit Christus! ¡Cristo ha resucitado! La Iglesia, llena de gozo, no se cansa de repetir en todas las lenguas el anuncio antiguo y nuevo. Antiguo porque corresponde al primer día de Pascua de la historia, ya hace casi dos mil años. Y nuevo, porque es portador de alegría y de esperanza también en el momento presente. Lo es para nosotros, hermanos y hermanas en el Señor, y lo es para todo el mundo, porque nos dice que la vida humana tiene sentido, que la vida humana no es una existencia destinada a la muerte y a la nada, sino a la felicidad plena en la gloria del Resucitado.

En las lecturas que han sido proclamadas, hemos encontrado los dos puntos que eran centrales en el anuncio pascual de los inicios. Uno es el sepulcro vacío; lo hemos escuchado en el evangelio (Jn 20, 2); y el otro, que Jesús se apareció realmente a unos testigos, tal como decía la primera lectura (Hch 10, 41). De este testimonio, deducimos que "aquella mañana de Pascua sucedió algo extraordinario, algo nuevo y, al mismo tiempo algo muy concreto, marcado por señales muy precisas, registradas por numerosos testigos." (Benedicto XVI, Audiencia general, 5.11.2008); lo reflejaba el relato evangelio que acabamos de escuchar. El anuncio de estos hechos se ha transmitido de generación en generación hasta nuestros días y ha llenado de gozo a millones y millones de cristianos de toda edad, raza y condición.

Uno de los testigos eminentes, no de los hechos de la primera pascua, que no los vio, sino del encuentro personal con Jesucristo resucitado, es san Pablo, del cual hemos leído la segunda lectura (1Cor 5, 6-8). No llegó a la fe cristiana transformado por un pensamiento, sino por la evidencia de un encuentro irresistible con el Cristo resucitado. Y es a partir de su experiencia que subraya fuertemente la importancia decisiva de la resurrección de Jesús. Es ella lo que explica la fe cristiana, cosa que no puede hacer la cruz sola. Sin la resurrección, la cruz sería una tragedia y la fe cristiana sería un absurdo (cf. 1Cor 15, 19). Lo que da sentido a la fe cristiana es precisamente que Jesús crucificado *resucitó al tercer día, según las Escrituras* (1Cor 15, 4). Aquí está el núcleo de la fe cristiana: el que fue crucificado y que así manifestó el inmenso amor de Dios por el hombre, resucitó y está vivo en medio de nosotros (cf. Benedicto XVI, *ibídem*). Fijaos que digo que éste es el núcleo "de la fe"; hoy día, en cambio, no es infrecuente encontrar personas que dicen que son cristianos y no creen en la resurrección de Jesucristo. Quiere decir que veneran a Jesús, que admiten una serie de valores que vienen del Evangelio, y que tienen algunas prácticas cristianas, pero les falta el más fundamental: creer que Jesús, después de haber dado la vida por todos, vive. Se han de respetar estas posiciones personales, que suelen ser fruto de un proceso no siempre fácil. Pero hay que decir, también, que la fe en la resurrección del Señor es el centro de gravedad de una vida plenamente cristiana, tal como nos lo transmiten las Escrituras fundamentándose en los que hicieron una experiencia directa del Resucitado. De una manera parecida al discípulo que acompañó a Pedro al sepulcro, tal como hemos leído en el evangelio (Jn 20, 5-8), estos testigos supieron ver y escuchar con los sentidos corporales, y al mismo tiempo supieron acoger la luz interior que les empujó a reconocer lo que los sentidos externos les testificaban sobre Jesús.

Son la muerte y la resurrección de Jesús, las dos, que revelan su identidad profunda y confirman el misterio de la encarnación. Porque, en ellas, se manifiesta la relación íntima de Jesús con Dios y su relación personal con los creyentes, en tanto que es constituido Señor de vivos y de muertos para ser salvador, para rescatar la humanidad

del mal y del pecado. Acogiendo en la fe esta realidad, el verdadero creyente cristiano profesa con su boca que Jesús es el *Señor* y cree en su corazón que *Dios lo ha resucitado de entre los muertos* (cf. Rm 10, 9). Y eso le infunde esperanza en todas las circunstancias.

Esta profesión de fe, tal como leíamos esta noche santa en la carta de san Pablo a los Romanos (6, 6-8), nos llama a "participar hasta el fondo de nuestro ser en todo el acontecimiento de la muerte y la resurrección de Cristo". Se trata de no instalarnos en la comodidad, como no lo hizo Jesús, y de trabajarnos espiritualmente para no ser esclavos del pecado y vivir según la novedad del Evangelio; san Pablo hablaba, en la segunda lectura de esta mañana, *barrer la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ázimos*. De esta manera podemos celebrar *la Pascua cada día con sinceridad y verdad*, y podemos compartir la vida de Jesucristo participando, también, "de sus sufrimientos, como preludeo a la configuración plena con él mediante la resurrección", cuando participaremos definitivamente de su resurrección (cf. Benedicto XVI, *ibídem*).

Eso significa que tenemos que tomar a Jesucristo --aquél que nos ha amado y se ha entregado él mismo por nosotros (cf. Ga 2, 20)--, como criterio de valoración de los acontecimientos y de las cosas, como fuerza para ser testigos del Evangelio con nuestra palabra y nuestra vida. Lo podremos hacer, si somos conscientes de cómo Cristo resucitado nos ama y establecemos un diálogo con él, sabiendo que en la plegaria le podemos hablar y él nos escucha y nos responde por medio de su Palabra que nos llega de tantas maneras; sabiendo que los sacramentos son encuentros con él, el Viviente, para darnos vida.

Cristo Señor ama la humanidad, por eso nuestro corazón se tiene que ensanchar hasta los límites del mundo. Hoy, sin embargo, os invito a centrar nuestro pensamiento en nuestros hermanos cristianos de Tierra Santa; las Iglesias locales de allí, en condiciones muy difíciles, acogen a los peregrinos y testimonian el Evangelio en una sociedad muy plural y marcada por la tensión y la violencia. Querríamos ayudarlos en su precariedad; por eso haremos una colecta al final de nuestra celebración para hacerles llegar nuestra comunión fraterna y nuestro don de Pascua.

Que este signo testimonie, además, nuestra firme decisión de ser portadores de esperanza en la sociedad en que nos toca vivir. Mucha gente carece de esperanza, de alegría profunda, y se pregunta si vale la pena vivir en condiciones difíciles. Nosotros que, por la fe sabemos que el mal, el sufrimiento y el sepulcro no tienen la victoria final, tenemos que ser para ellos portadores del sentido auténtico de la vida, del valor de cada persona humana, portadores del amor, de la luz y de la verdad que provienen del Resucitado.

Celebramos, ahora, con alegría la Pascua de *Cristo nuestro Cordero pascual inmolado* y vencedor de la muerte. Y dispongámonos a acoger con gozo entre nosotros su presencia en el sacramento eucarístico.